

Ma TERESA PEREZ TOME

Quiero partir para mi exposición de una experiencia vivida estos días en unos cursos que he estado haciendo.

Un grupo de trabajadoras del INSALUS ^{EXPOSÓ} ~~presentó~~ como tema de grupo los problemas geriátricos, presentando un video sobre el trabajo de estas profesionales. En este caso recogía el aseo y curas a una anciana en una situación deplorable, tanto por su estado físico como por el abandono en que la habían tenido, sobre todo teniendo en cuenta que tenía seis hijos.

La intención de estas jóvenes era resaltar la necesidad de concienciar a las familias de su responsabilidad con sus mayores.

A donde quiero llegar es a los resultados: toda el aula quedó horrorizada de la forma en que realizaban su trabajo, ellas no fueron conscientes de ésto, supongo que porque es lo que hacen todos los días.

Todas coincidimos, olvidándonos de los seis hijos, en que aquello era:

- Un atentado a la dignidad de la persona y a los derechos del enfermo, al grabar un video sin el consentimiento de la enferma ni de su familia.
- Un alarde de brutalidad e inhumanidad por la forma de manipularla: lavar con la misma esponja cara, llagas, heces y piel sana, secarle con la misma sábana en que había pasado la noche, etc.

Un hecho tan cotidiano y en sí negativo me hizo reflexionar y alegrarme de no trabajar en este tipo de instituciones.

Las personas que trabajamos en SALUS INFIRMORUM estamos en unas magníficas condiciones para hacer bien lo que tenemos que hacer:

- Entramos en el mundo del enfermo y de su familia con todas las posibilidades de influir en él. No tenemos problemas de tiempo ni de supervisora.
- Podemos realizar con el enfermo un trabajo esmerado y personalizado, siendo para ellos madres, hermanas y compañeras en su difícil camino.

Como cristianas, no se nos priva de ser unas buenas mensajeras, pero tampoco se nos dispensa de ser las mejores profesionales.

Somos conscientes de que tenemos una vocación "Consolad a mi pueblo" y una esperanza que comunicar "Cristo ha resucitado" y tenemos el derecho y el deber de comunicarla, en el desempeño de nuestra labor y fuera de ella, haciéndonos eco de la exclamación que en su última encíclica recoge el Papa de la Epístola de San Pablo "¡Ay de mí si no evangelizara!".

Importa e importa mucho tener motivos poderosos para comunicar esta Esperanza y esta Alegría. En el libro "El vendedor más grande del mundo" dice el maestro al discípulo: "El fracaso no me sobrecogerá nunca, si mi determinación por alcanzar el éxito es lo suficientemente poderosa".

Personalmente puedo afirmar que para mí ha sido razón poderosa en esta labor no siempre fácil la promesa del Señor "Venid Benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparada para vosotros desde la creación del mundo, porque estuve enfermo y me asistísteis" (Mt.25).

A veces el enfermo puede resultarnos hasta repulsivo, ya sea por su desmoronamiento físico ya sea por su falta de valores morales, es entonces cuando trato de tener muy presente la identificación de Jesús con estas criaturas tuyas "Cuanto hicísteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicísteis". Ese "A MI" es para el creyente un misterio a aceptar y una fuerza para actuar.

Pero la mayoría de las veces nuestro trabajo es un intercambio y no se sabe quien sale ganando. Hace ahora un año, puedo decir que fui discípula a los pies de la Hermana Interventora, recibiendo el testimonio de su fe ya que teniendo el don de una lucidez total hizo entrega de su alma al Padre con las mismas palabras de Jesús en la cruz.

Lo que se saca de todas estas experiencias es una alegría profunda y duradera que nadie puede arrebatarnos.

Sólo una cosa final quiero decir por lo que a mí me ha ayudado. Todas las que estamos aquí frecuentamos la Eucaristía, algunas extendemos nuestras manos expresando nuestra pobreza integral y la necesidad de los dones del Espíritu. Es un momento maravilloso para pedir al Señor que nos llene las manos de ternura, para que cuando toquemos a un enfermo, éstas no sean palancas, punzones o garras, como sabemos que muchas veces ocurre, sino que podamos hacerlo como lo haría Jesús. A nuestras buenas palabras podremos encontrar resistencia, nuestros argumentos pueden ser rebatidos, nuestra fe objeto de mofa, pero a la misericordia y a la ternura no hay nadie que se resista, al menos por mucho tiempo.